

La Cultura en México

Frida Kahlo y sus personajes

Juan José Reyes

Antonio Rosado

Ricardo Muñoz Munguía/Eve Gil

Juan Gelman: poesía y lenguaje

Entrevista de Alejandro Alvarado

Frida Kahlo
Palabra y poder, de Juan

Juan Gelman:

Hombre con sombrero rojo, de Rufino Tamayo.



La Cultura en México

El humanismo renacentista de Montaigne se caracterizó por un acendrado subjetivismo y un moderado escepticismo que, según una perspectiva relativista y existencial, mostraba reservas respecto a las posibilidades humanas de conocimiento lo mismo que hacia la universalidad de los valores. El ensayo es un género eminentemente moderno que surge bajo la demanda de libertad de pensamiento,

Juan Antonio Rosado

Palabra y poder

RICARDO MUÑOZ MUNGUÍA

(Primera de dos partes)

consecuentemente con el trastorno de los límites

geográficos y naturales a raíz de la impactante confrontación europea con la novedad de América. El mismo Montaigne, por la necesidad de adaptarse “a la hora”, declara su incertidumbre para fijar los límites de su pensamiento y de su experiencia —con la que autoriza su reflexión y se compromete individualmente como autor—, para abordar su objeto u ob-

De Juan Antonio Rosado podría decir exactamente lo mismo que dice él sobre Armando Pereira en uno de los ensayos que componen su libro *Palabra y poder*: “ni el artista vence al académico ni el académico aniquila al artista”. No es este el primer libro de Juan Antonio al que tengo acceso. Tampoco la primera vez que hago hincapié en esta virtud casi excepcional en el medio al que pertenece, que es el académico: su generosa apertura a través de un lenguaje asequible a quienes no formamos parte de la élite universitaria, sin por ello ser menos académico. Más aún: los ensayos de Juan Antonio, más que accesibles, son disfrutables.

El título es por demás elocuente. Los ensayos, por supuesto, abordan el tema del poder político, pero abarca el concepto *poder* casi en su totalidad, partiendo del poder divino que tiene su origen nada menos que en la Palabra. Aunque el título se limita a vincular la palabra al poder, Juan Antonio nos hace ver hasta qué punto son sinónimas, pues sin palabra no hay posibilidad de poder, aunque la palabra no requiera de más poder que del que de ella emana, es decir, es poderosa por sí misma. Nada que ejerza el control sobre un grupo de seres humanos desconoce ni desdeña el poder de la Palabra, propiciadora lo mismo de creación que de destrucción; lo mismo aliada que enemiga. De

jetos de estudio, tanto como la vacilante modalidad discursiva que inaugura —conscientemente— para tratarlo.

El ensayo es precisamente el vehículo que ha seleccionado Juan Antonio Rosado para comunicarnos esta serie de pesquisas y digresiones a las que ha llegado. En el libro *Palabra y poder* demuestra ser un hábil ejecutor. Para Rosado, un ensayo literario no se limita a las referencias de una obra sino que va aderezado con una serie de reflexiones casi derivadas la una de la otra, y de un sinfín de recuerdos literarios y extraliterarios que enriquecen cada una de sus disertaciones; sabe como pocos su oficio, su práctica, su historia, su teoría. La interrogación, la cavilación, incluso la teoría del lenguaje son vetas que recorren la prosa crítica y ensayística del autor del libro que hoy nos ocupa.

En este microcosmos literario y humano —y en consecuencia político— figuran nombres como José Hernández, Roberto Arlt, Rafael F. Muñoz, Senel Paz, Henry Miller, Pier Paolo Pasolini y Augusto Rosa Bastos, entre otros autores que Rosado ha reunido entorno “al poder simbólico de la palabra, particularmente a través de la literatura universal pero, sobre todo, de la narrativa hispanoamericana que, a lo largo de la historia, ha deseado representar al poder”.

A propósito del poder y de esta visión en hispanoamérica

la Palabra parte la creación misma del universo. Prácticamente todas las religiones coinciden en que Dios es la Palabra o *el Verbo*. Esta idea es perfectamente aplicable a los auntoungidos dioses terrenales que basan en el poder de la palabra su ascenso y su per-

por consiguiente, Poder de ensalzar o de hundir al tirano en turno que, por mucho dominio que tenga de la demagogia, ergo, de la palabra hueca que no es Palabra, nunca podrá competir con quienes verdaderamente se ponen al servicio de la Palabra. Paradójicamente,

La extraña

manencia en el trono. Porque la Palabra, y ellos lo saben, puede asimismo volverse en contra de ellos y producir su caída, de ahí la eterna tirantez entre el poder político y el gremio intelectual, quienes tienen acceso directo a la Palabra y,

es a través de servidores a la Palabra como Mario Vargas Llosa, Augusto Roa Bastos, Gabriel García Márquez o Miguel Ángel Asturias, que los tiranos han encontrado voz en la literatura latinoamericana; una voz que rebasa la de-

que expone el ensayista, conviene destacar su reflexión sobre "La suprema novela de Augusto Roa Bastos". Rosado enfatiza que a partir del nítido y claro retrato que elabora de Rodríguez de Francia, Roa Bastos se permitió vincular la historia con la ficción, lo que más tarde develó un sentido y una situación política no sólo paraguaya sino latinoamericana. La historia vuelta novela se convirtió en un lúcido ejemplo de varios problemas de diversas sociedades: identidad, poder, desarraigo, exilio, dictadura, civilización y barbarie.

No hay que olvidar que *Don Quijote* fue el modelo literario que Roa Bastos tomó para desarrollar su novela más notable *Yo, el supremo* (1974), en donde narra la vida del dictador que sometió al pueblo paraguayo. Así lo reconoció Augusto Roa Bastos en el discurso de recepción del Premio Cervantes, en 1989: "Lo que hice fue imaginar un doble del Caballero de



palabra

EVE GIL

magia y expresa lo que realmente quisieron decir.

Juan Antonio no se trata de un académico tradicional sino, ante todo, un lector difícil de hipnotizar con pirotecnia verbal, que a la mayoría tanto deslumbra, que privilegia además

la forma de desarrollar la historia, admitiendo incluso los defectos formales como parte de un todo. No

considera pecaminoso en lo absoluto divertirse con lo que se lee... y ese amor por la lectura se refleja en los diversos ensayos incluidos en este libro, que van desde los textos sagrados, pasando por las novelas sobre dictadores lati-

la Triste Figura cervantino y metamorfosearlo en el Caballero Andante de lo Absoluto; es decir, un hombre de triste figura que creyera alucinadamente en la escritura del poder y en el poder de la escritura, y que tratara de realizar este mito de lo absoluto".

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en la novela de Cervantes, en *Yo, el supremo* se logra realizar un sueño: crear una patria auténticamente libre y soberana; fundar y consolidar la autodeterminación de un pueblo. Con sus respectivas contradicciones: la libertad como producto del despotismo y la independencia de un país bajo el férreo aparato de una dictadura perpetua.

Puede decirse que 1974 fue un año clave para la saga literaria emparentada con la figura de los dictadores. Siguiendo los pasos explorados por el *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, y *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, ese año se publicaron dos novelas que marcaron el perfil de los orquestadores de sistemas totalitarios en Latinoamérica: *El recurso del método*, de Alejo Carpentier y *Yo, el supremo*, de Augusto Roa Bastos. Al siguiente año, en 1975, apareció *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez. Y en el 2000 se sumó a este tópico *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa. ☞

noamericanos, hasta autores norteamericanos y europeos, representantes cada uno de distintas formas de ejercer el poder a través de la palabra, tanto en el sentido político como el artístico. De ahí que nos transmita, sí, sus conocimientos pero, sobre todo, su entusiasmo por las lecturas que analiza con objetividad ajena a la pedantería.

El analfabetismo, han dicho por ahí, asegura la felicidad de quien no puede leer los periódicos. Antes que Fox, parece haberlo dicho el ultracatólico José Bergamín, asustado acaso, como nuestro ex presidente, con el poder de las palabras que la prensa ejerce, a veces, despiadadamente. Necesariamente.

El dirigir un pueblo de analfabetos o semianalfabetos (analfabetos funcionales se les llama ahora), para quienes las palabras poco o nada significan, resulta mucho más fácil, y eso es algo que Juan Antonio reprocha a Bergamín en lo que denomina "una carta imaginaria", que se considere como un ideal reducir a los ciudadanos a eternos niños, a *homo videns*, dependientes de ídolos y creencias sobre las que no tienen el poder (de nuevo la palabra *poder*) de reflexionar al habérseles negado el pleno acceso a la palabra... a la entraña de la palabra que es donde descansa su poder. ☞

Juan Antonio Rosado, *Palabra y poder*. CONACULTA (Sello Bermejo), México, 2006.

Como bien apunta Juan Antonio Rosado en su libro *Palabra y poder, Yo supremo* "es una de las novelas de la dictadura latinoamericana más profundas, una de las más ricas en temas y ambiciosa en cuanto obra totalizadora, pues concilia el compromiso social e histórico con el tema filosófico-metafísico."

Relata Augusto Monterroso en *La palabra mágica*, que en 1968 recibió una carta de Mario Vargas Llosa, en donde lo invitaba a participar en un volumen de cuentos sobre dictadores hispanoamericanos. En dicho libro iban a participar autores como Alejo Carpentier (quien se encargaría del cubano Gerardo Machado), Carlos

Fuentes (del mexicano Antonio López de Santa Anna), José Donoso (del boliviano Mariano Melgarejo), Julio Cortázar (del argentino Juan Domingo Perón), Augusto Roa Bastos (del paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia), Carlos Martínez Moreno (del argentino Juan Manuel de Rosas), Mario Vargas Llosa (del peruano Luis Miguel Sánchez Cerro), y Augusto Monterroso (del nicaragüense Anastasio Somoza). Aunque el libro nunca se publicó, Monterroso supone que aquel proyecto dio origen a tres grandes novelas: *El recurso del método*,

Terra nostra y *Yo, el supremo*. Acerca de esta última obra, distingue Augusto Monterroso: "Roa Bastos vio que un cuento ofrecía muy poco espacio para todo lo que tenía que contar en una novela".

Rosado, finalmente, señala

Juan Antonio Rosado

Palabra y poder

RICARDO MUÑOZ MUNGUÍA

(Segunda y última parte)

la que la gran novela de Roa Bastos es lo que se dice una novela totalizadora. "Trata de incluir, como Leopoldo Marechal en *Adán Buenosayres* o Sabato en *Abaddón, el exterminador*, todas las expe-

riencias humanas y reales, desde el delirio, la locura, el misterio, el horror y otros muchos sentimientos o emociones, hasta ingredientes filosóficos, históricos, humorísticos, sociales". Pese a tales características, el ensayista reconoce que se trata de

una pieza con cierta densidad y dificultad, y que es hasta cierto punto entendible, el que no pocos lectores naufraguen entre sus páginas.

En este tablero —acaso ajedrecístico— de *Palabra y*

poder, Juan Antonio Rosado logra que las semblanzas y etopeyas desempeñen una función esencial de bisagra y correa de transmisión, un papel axial en esta disertación literaria que frecuenta el ensayista mediador, clavado en la cruz de una concordancia no siempre sencilla entre el supino de la comunicación mediática y horizontal y los tiempos primarios del ápice conceptual y filosófico.

Aquí ha quedado un registro de cómo Juan Antonio Rosado deslizó las piezas, ahora sólo le queda al lector saber en qué consistió dicho recorrido. ✎

Juan Antonio Rosado, *Palabra y poder*, CONACULTA (Sello Bermejo), México, 2006.